



### LOS RESTOS DE ITURBIDE.

---

Catorce años después de los acontecimientos relatados en el artículo anterior, por disposición del gobierno de don Anastasio Bustamante, se trasladaron de San Antonio Padilla á esta capital, los restos de don Agustín de Iturbide, exhumados el 23 de Agosto de 1838 en el referido pueblo de Padilla, habiéndose dispuesto sus funerales después de su llegada á esta capital, para el 27 de Octubre de 1838, aniversario del juramento del Acta de Independencia de 1821.

Sus cenizas recibidas con solemnes honras en Ciudad Victoria y San Luis, llegaron á México el 25 de Septiembre y fueron depositadas en la capilla del noviciado de San Francisco, entretanto la comisión nombrada al efecto, concluía los preparativos para su traslación á la Catedral, para la construcción del catafalco y urna donde debían depositarse, y para el arreglo de las exequias.

No habiéndose podido terminar esos trabajos para el 27 del mismo mes, aniversario de la entrada del ejército trigarante en la capital, se designó para los funerales el 27 de Octubre, y así tuvieron lugar con desusada pompa en los días 24, 25, 26 y 27.

A las cinco y veinticinco minutos de la tarde del martes 25 de Septiembre de 1838, se anunció con tres cañonazos en la Garita de Peralvillo, la llegada de los restos. Inmediatamente empezó el doble de campanas en todas las iglesias, comenzando por la Catedral.

Habíanse hecho ya honores fúnebres en la Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe, á su tránsito, pues se cantó una solemne vigilia, y se iluminó profusamente toda la iglesia. Su cabildo salió á recibir la urna hasta el Cementerio, la condujo y colocó en una decente pira, y terminó con un solemne responso.

Los huesos venían en una caja forrada de terciopelo negro galoneada de oro y mezclados con afrecho. Colocáronse en un coche cubierto, que llaman hoy landó, tirado por cuatro hermosos caballos con gualdrapas y penachos negros de plumas muy airosas. Venían en dicho coche, el Prefecto, el Mayor de Plaza y dos Ayudantes del Presidente Bustamante, y en seguida el coche de éste de respeto.

Abría la marcha un piquete de lanceros de Iguala, al lado marchaban los gastadores de los batallones de infantería, é inmediatos y á caballo los Ayudantes del Presidente. Desde la Garita formaron valla, los cuerpos numerosos de la guarnición con banderas enrolladas y armas á la funerals. Seguían cuatro cañones de Artillería montada. En la Plazuela de Santo Domingo se situaron dos culebrinas y un obús y la música de artillería. Esta batería no se incorporó á la comitiva, sino que se destacó por la calle de Medinas á situarse en la Plazuela de San Francisco. En la mitad de la carrera, se dispararon tres cañonazos y se hizo una descarga á la llegada á la iglesia. Allí aguardaban las comunidades religiosas.

Los restos se colocaron en una tumba rodeada de grandes hacheros de plata y cirios imperiales en todo el crucero de la iglesia.

En derredor del túmulo, hicieron guardia los gastadores del batallón Jiménez, y después del solemne responso se retiró la tropa. El Gobernador, Prefecto y Ayuntamiento, condujeron la urna á la capilla interior del Noviciado, donde se la entregaron al guardián después de sellada. La llave quedó en poder del Prefecto. Un pabellón negro adornado con galón de oro, cubría la urna.

Las calles del tránsito tuvieron vestidos sus balcones con cortinas blancas ó negras. Al tocar el alba de la mañana del 24 de Octubre, sonó la campana mayor de la Catedral, y en seguida un cañonazo que se repitió cada cuarto de hora en las baterías de la Plaza, Ciudadela y Chapultepec, respondiéndose dicho toque en todas las iglesias y Parroquias. En la iglesia de San Francisco se presentó la urna en la pira, siendo aquella de cristal, y se colocó en el extremo, de una pirámide truncada, colgando de un extremo de la caja, un velo negro tras del cual se percibían los huesos y la calavera, dejando visible la oquedad de la bala que la atravesó. La pira estaba rodeada de blandones de plata, y en cada esquina tenía una columna enlutada sosteniendo un pebetero de plata.

A las dos de la tarde de dicho día rompieron las iglesias en un doble general, y á las diez y media del siguiente, salió la comitiva de San Francisco bajo el toldo ó "vela" del Córpus.

La guarnición inclusive una división de mil hombres acantonada en Tacubaya, al mando del General Arista, formó valla. Abrieron la marcha, gastadores de á caballo. Seguían las Cofradías, Santa Escuela del Espíritu Santo, las cruces de las Parroquias, comunidades religiosas, clero secular, y los canónigos presididos por su vicario Capitular, don Manuel Posada, después Arzobispo de México. La urna venía colocada en un carro de exquisita construcción tirado por seis caballos frisonos, haciendo de cocheró el Coronel Chavero y de postillón el Teniente Coronel Mejía. De la caja del carro pendían sendas borlas de seda que llevaban de sus extremos dos generales. Cerca de la urna y á sus lados marchaba el Colegio Militar, formado de jóvenes bizarros y muy apuestos. Delante de la comitiva iban los niños del Hospicio con velas encendidas. Precedían la urna 4 mulas enlutadas con sus respectivos palafreneros; en las gualdrapas iban bordadas en oro y plata, las armas de nobleza del difunto. Seguía de acompañamiento el estado militar con multitud de oficiales y personas afectas

á Iturbide; entre ellas se colocó el famoso y leal sargento Pío Marcha, que fué el primero en proclamarle Emperador. Seguía el duelo con todos los Tribunales, inclusive la antigua Audiencia de México, con una diputación compuesta de ocho diputados y los Presidentes de ambas Cámaras. Presidió el duelo, el Lic. don Juan Gómez Navarrete, confidente que había sido de Iturbide. Seguía la Universidad de Doctores. Bajo las mazas del Ayuntamiento, iban todos los Colegios de jóvenes, y muchas personas principales. Seguía la tropa de la Guarnición marchando en columna. A la vanguardia de la comitiva marchó la artillería de á caballo, con seis cañones de á ocho tirados por mulas enlutadas. Detrás de la infantería, marchó la caballería, sobresaliendo los lanceros. En seguida multitud de coches de ministros y particulares y el del Presidente Bustamante perfectamente enlutados. La concurrencia de público fué inmensa. Los balcones del Palacio se veían cubiertos de cortinas negras y cerrados. En los balcones de la Diputación bajo un dosel negro, se veía el retrato del Héroe de Iguala, alumbrándose seis candiles de bronce con velas encendidas. La pira ó túmulo que se puso en la Catedral, fué la misma que en un tiempo servía para los funerales de los Reyes de España, y en la parte superior, se colocó la urna ó sarcófago. El servicio fúnebre fue verdaderamente magnífico, acompañándole una orquesta de cien músicos. El bloqueo que á Veracruz tenían puesto los franceses, impidió que llegase en esos días el hijo segundo del señor Iturbide. El sepulcro del primer Emperador mexicano, levantado después de la Independencia, se colocó en la Catedral, en la Capilla de San Felipe de Jesús, á la mano derecha, en donde todavía existe, y en donde un grupo de admiradores de su memoria, cada año mandan celebrar Misas por el descanso del alma del Libertador.

En el cajón de madera en que fué depositada la urna que contiene sus huesos, y cuya llave fué entregada á don Manuel Barrera, se lee la inscripción siguiente:

## AGUSTIN ITURBIDE

Autor de la Independencia Mexicana.

COMPATRIOTA, LLORALO

Pasajero, Admíralo.

Este monumento guarda las cenizas de un héroe.

SU ALMA DESCANSA EN EL SENO DE DIOS.

\* \* \*

Para concluir repetiremos las palabras con que el autor de un pequeño libro de Historia Patria, termina el doloroso relato de la muerte de Iturbide:

"UNA GENERACION MAGNANIMA DECLARARA QUE ESE DIA ES DE LUTO NACIONAL, COMO REPARACION DE UN CRIMEN."

Este relato fiel del acto de justicia llevado en aquél entonces á la práctica, por el Gobierno Nacional, lo hemos tomado en parte de una descripción hecha por don Carlos María Bustamante, testigo presencial de los hechos. De él es también la inscripción que tiene la caja de los restos, y que hemos copiado textualmente, leyéndola cada año que nos reunimos allí varios amigos para oír las Misas celebradas por su alma. ¡Quiera Dios que la hora de la verdadera justicia suene, y don Agustín de Iturbide ocupe el lugar que le corresponde como al "AUTOR DE LA INDEPENDENCIA MEXICANA."



## ENTRADA DEL EJERCITO TRIGARANTE A MEXICO.

(Narración de un viejo asistente).

### I

Me acuerdo de todo como si lo viera—dijo el viejo soldado, masticando la colilla de un puro recortado que amenazaba quemarle las blancas y gruesas hebras del bigote,—me parece que está sucediendo todavía lo que sucedió entonces.

Ya se sabía en México que iba á entrar por las calles el ejército de las tres garantías, y las gentes estaban ansiosas de ver por la primera vez tremolando libre en las manos de los guerreros el pabellón verde, blanco y encarnado.

Se hacían grandes preparativos para recibir al ejército, y como el Ayuntamiento no tenía dinero, un español que era alcalde, don Juan José de Acha, facilitó 20,000 pesos, sin ningún rédito, á fin de dar brillo á la fiesta.

No ha vuelto á haber regocijo más grande en esta tierra, ni he visto entrar un cuerpo de ejército más numeroso que aquél por estas calles de Dios.

—¿Tú eras de Iturbide?—le pregunté interrumpiéndole.

—No, nunca fui de Iturbide; yo—agregó el inválido cuadrándose, dejando correr dos lágrimas y suspirando—fui soldado del gran Morelos y luego me incorporé á las fuerzas del Sur con mi General Guerrero, y con

esas fuerzas, que formaron parte del ejército trigarante, entré en México el 27 de Septiembre de 1821.

Desde la víspera, obedeciendo la orden dada el día 25, nos habíamos reunido á todos los cuerpos en Chapultepec para venir en columna mandados por D. Agustín de Iturbide.

Como veníamos muchos, sobre todo los verdaderos insurgentes, desnudos y descalzos, nos vistieron con unos uniformes que habían servido al Regimiento del Comercio, y que nos parecieron flaqueantes, aunque en realidad estaban muy usados.

Por cierto que nos consolábamos repitiendo de memoria las palabras de la proclamación del día 20, en que se nos recomendaba el orden y la compostura para entrar á la capital.

“Soldados: no os aflija vuestra pobreza y desnudez; la ropa no da virtud ni esfuerzos, antes bien, así sois más apreciables, porque tuvisteis más calamidades que vencer para conseguir la libertad de la patria.”

—Háblame de la entrada del ejército trigarante, dime cómo fué, cómo desfiló, cómo lo recibieron.

## II

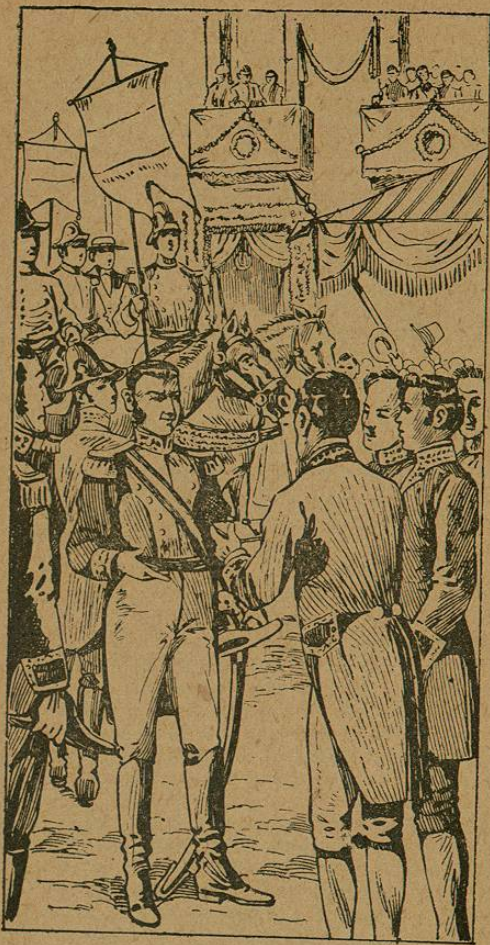
—Hacia un sol muy hermoso, era un día claro, brillante, limpio; parecía que los cielos y la tierra estaban tan alegres como nuestros corazones. Y era natural, todos teníamos fe en Iturbide y en el porvenir. No había todavía desengaños, ni tristezas, ni odios; ¡ah! ¡qué hermoso, qué hermoso día 27!...

Al frente de la columna marchaba Iturbide, sin distintivo, montado en un gran caballo negro, rodeado de su Estado Mayor, y arrogante como una estatua.

—¿Era muy querido Iturbide?

—El día 27 era idolatrado por todos, hasta por los soldados de Hidalgo y de Morelos, y la verdad es que en el plan de Iguala, en su proclama, nos había dicho:

“Esta misma voz que resonó en el pueblo de Dolores el año de 1810... fijó también la opinión pública de que la unión ge-



Entrega á Iturbide de las llaves de la ciudad de México, el 27 de Septiembre de 1821.

neral entre europeos y americanos, indios y criollos, es la única base sólida en que puede descansar nuestra felicidad." Decir esto, y solicitar el concurso del General Guerrero, nos hizo á todos obedecerlo, y ¿por qué no he de decirlo?... ¡Venerarlo!

Montaba muy bien á caballo y tenía distinción y garbo en sus movimientos. Entramos por la calzada de Chapultepec á la garita de la Piedad, tomando luego el paseo de Bucareli, la avenida de Corpus Christi hasta la calle de San Francisco, donde frente al convento se levantó un arco de triunfo, debajo del cual esperaba el Ayuntamiento. Al llegar allí, el General Iturbide descendió del caballo y recibió en un azafate de plata y de manos del Coronel Don José Ignacio Ormaechea, alcalde de primera elección, unas llaves de oro, que simbolizaban ser las llaves de la ciudad.

Un momento las tuvo entre sus manos Iturbide, y luego se las devolvió al Coronel Ormaechea, diciéndole con voz robusta y clara:

—“Estas llaves, que lo son de las puertas que únicamente deben estar cerradas para la irreligión, la desunión y el despotismo, como abiertas á todo lo que puede hacer la felicidad común, las devuelvo á vuestra excelencia, fiando de su celo que procurará el bien público, al cual representa.”

Montó de nuevo á caballo, marchando seguido del Ayuntamiento á pié, y de las parcialidades de indios de Santiago y San Juan, hasta el palacio sobre el cual ondeaba ya nuestra bandera.

No puedo describir el entusiasmo, la alegría, la locura, el vértigo de placer que dominaba á todos los mexicanos, sin distinción de sexos, de edad, de rangos, ni de bienes ó fortuna.

Todas las casas estaban literalmente cubiertas de flores y colgaduras con los colores trigarantes. En los balcones despedían vivísimos rayos los platos y jarrones de oro, de plata y de porcelana de China, pues las mejores piezas de cada vajilla se ostentaban como adornos distinguidos.

Las señoras lucían en sus trajes y en sus peinados los colores verde, blanco y rojo, y por donde pasaba el primer jefe atrona-

ban el aire los vivas, los aplausos y las exclamaciones de la más intensa alegría.

Iturbide sonreía satisfecho; saludaba con afabilidad y con aristocrática atención á todos, hasta que se perdió de vista al entrar á palacio.

Apareció á pocos instantes en el balcón principal, y entonces desfiló en su presencia todo el ejército.

O'Donojú, que le recibió en el palacio donde debió haber gobernado como virrey, le acompañó á presenciar el desfile en unión de distinguidos personajes, principalmente los miembros de la Diputación provincial, que allí lo agasajaron al saludarle.

No había en aquellos momentos un rostro triste, ni un corazón desesperanzado, ni una boca maldiciente, ni una mano pérfida. Abrazábanse unos á otros los desconocidos, en las calles, como si fueran hermanos ó amigos íntimos; los soldados no sentíamos el ardor del sol, ni las fatigas de la marcha; no teníamos sed, ni nos incomodaba el polvo. Cada batallón, cada regimiento, cada grupo era saludado con vivas y aplausos nutridos desde las calles hasta las azoteas, y cuando pasábamos los soldados del Sur, los que habíamos peleado sin tregua once años en las montañas, los que formábamos la legión indomable del General Vicente Guerrero... ¡ah!, entonces el entusiasmo rayaba en delirio; nos arrojaban flores, nos decían miles de ternuras, y nosotros, llenos de gratitud, nos sentíamos orgullosos de nuestro pobre aspecto, de nuestros harapos, de nuestras viejas armas y hasta de nuestra piel ennegrecida, tostada por la lumbre del cielo del Sur, y por la pólvora de los combates.

Eramos allí lo más grande ante los ojos del pueblo; éramos los "insurgentes;" descendíamos en línea recta de Hidalgo, de Morelos, de Abasolo, de Galeana, de Aldama, de Allende, de todos aquellos que fueron excomulgados, odiados, atormentados y asesinados al fin por nuestros enemigos.

Por esto el pueblo pobre, el pueblo humilde, el que sienta muy á lo vivo las desgracias, los duelos, las tristezas y los sacrificios de sus hermanos que lo comprenden, lo aman y lo defienden, se conmovía y gri-

taba con júbilo y la gratitud que escondía en su pecho desbordaba al vernos desfilar delante de sus ojos.

Yo no era soldado de los virreyes, yo había surgido con Hidalgo, y la mejor oración que brotó de mi alma, la recé en la misa que el gran Padre de la patria celebró sobre el Monte de las Cruces....

### III

El viejo inválido dejó rodar de sus ojos otras dos lágrimas, y recobrando su serenidad militar, prosiguió entusiasmado:

—Entramos en México más de dieciséis mil hombres.

Y no se equivocaba el buen viejo. Fueron dieciséis mil ciento cuarenta y nueve hombres los que entraron en México aquel día en columna de honor, dividida en doce secciones de infantería, dieciséis de caballería, y la artillería, compuesta de sesenta y ocho piezas de todos calibres, y custodiadas por setecientos setenta y ocho artilleros.

En la infantería se contaban los regimientos de la Corona, de Celaya, Granaderos, Imperiales, Tres Villas, Guadalajara, "Santo Domingo," Cazadores de San Luis, de Fernando VII, Ligero del Imperio, Ligero de Querétaro, 20 de la Libertad, Fijo de Puebla, Cazadores de la Patria, Comercio de Puebla, Tlaxcala, batallón de la Lealtad, Guanajuato, Zacualtipán, Comercio de México, batallón 1o. Americano, regimiento Fijo de México, Constanza, Valladolid, batallón del Potosí, 1o. de la Unión, 2o. de México y la infantería del Padre Izquierdo, haciendo un total de siete mil cuatrocientos diez y seis hombres.

La caballería la componían: escolta de Iturbide, al mando del Coronel D. Epitacio Sánchez, Dragones de México, Caballería de Echavarrí, Dragones de Santander, Fieles del Potosí, Dragones del Rey, Sierra Gorda, San Carlos, provinciales de México, Dragones de Valladolid, Moncada, regimiento de Toluca; Caballería del Padre Izquierdo, regimiento de Querétaro y del Príncipe, Dragones de Puebla, de Tulancingo.

go, Apam, de la Libertad, de Atlixco y de la Unión, Voluntarios del Valle, Voluntarios Nacionales, Dragones de América, de Guajuato, de la Sierra, de San Miguel, Chilpancingo, Dragones del Sur, Dragones de los Campeones, Santa Rita, compañías del Sur, escolta del General Guerrero, (146 surianos), Flanqueadores, compañía de Monte Alto, Tehuacán y Temascaltepec, Dragones de Atzacapotzalco, de Xilotepec y de San Luis Potosí, haciendo un total de siete mil novecientas cincuenta y cinco plazas.

Después del desfile, asistió el General Iturbide á un "Te Deum" en la Catedral, y en seguida escuchó el discurso que pronunció el doctor Gúridi y Alcocer, orador de fácil palabra, que había sido Diputado á las Cortes de Cádiz.

Terminado todo esto, dirigióse el primer jefe del ejército Trigarante al palacio, donde se efectuó un banquete de doscientos cubiertos.

El regidor D. Francisco Manuel Sánchez de Tagle, miembro de la Junta provisional, leyó una oda que le fué varias veces interrumpida por los aplausos, y que terminaba así:

"Hossanna, pues, hossanna, mexicanos,  
Repitamos cien veces y otras ciento,  
En inmortal contento;  
Y digamos ufanos  
¡Vivan por dón de celestial clemencia  
La Religión, la Unión, la Independencia!

Después del banquete, fué Iturbide al paseo, donde le saludaron con nuevos vivas; volvió al palacio, y allí el Ayuntamiento le obsequió con un refresco. En la noche asistió al teatro. Toda la ciudad estaba profusamente iluminada: en cada corazón se abrigaban las más hermosas ilusiones para lo porvenir, y los verdaderos "insurgentes," los que volvíamos de una lucha larga y terrible, pensando en la desgraciada pero gloriosa muerte de nuestros caudillos, nos consolábamos exclamando:

—"Si se ve desde el cielo lo que pasa en la tierra, estarán ya tranquilos y satisfe-

chos todos los mártires de la causa de 1810; ellos, sin más elementos que sus esfuerzos propios, sin más baluarte que sus convicciones, sin otra fuerza que la del derecho y la de la justicia, derramaron su sangre generosa, y hoy el pueblo los bendice al consumir su independencia."

El viejo asistente se quedó meditando, y con la vista clavada en el infinito, como si delante de sus ojos desfilaran todos los que habían muerto por la patria.

JUAN DE DIOS PEZA.